

PLURALISMO POLITICO Y FISURA LINGÜÍSTICA: EL «CASO» BELGA (*)

Por PAUL H. CLAEYS

El sistema político belga, que el mundo de los politólogos ha ignorado con soberbia durante tantos años, ha despertado durante la última década un interés científico excepcional por parte de numerosos autores de la escuela americana (1). Ocurre que el caso belga podía asimilarse con éxito al de otros dos o tres países para dar contenido a un nuevo compartimento tipológico, en la permanente búsqueda de clasificaciones y de contra-clasificaciones que caracteriza a la ciencia política de hoy. Si la necesidad de crear una nueva «escuela» ha hecho que de tal manera numerosas investigaciones se ocupen de Bélgica, tal vez el uso de un instrumento de análisis único haya dejado de lado una parte importante de la realidad. La regionalización de la política belga, a la cual asistimos actualmente, nos proporciona la ocasión de reflexionar a este respecto.

Creemos conveniente comenzar por recordar brevemente cuáles son las características fundamentales del sistema político belga tal y como han sido descritas hasta ahora. Una visión histórica de los movimientos regionalistas permitirá comprender mejor a la vez su importancia actual y su posible precariedad. El impacto de estos movimientos sobre el pluralismo político constituirá la tercera parte de la exposición. Tras un análisis de la evolución reciente de la situación y de las preguntas que se puede uno plantear para el futuro, las conclusiones teóricas tenderán a relativizar la doctrina establecida.

(*) Este artículo es la versión ligeramente revisada de una ponencia presentada a la Mesa redonda sobre pluralismo social y político, organizada por la IPSA en abril de 1978. La versión inglesa de esa ponencia aparece en St. Ehrlich y G. Wootton eds., *Three Faces of Pluralism*, Gower Pub., Farnborough, 1980.

(1) Cfr. L. HUYSE: «Vijftien Angelsaksische auteurs over politiek, verzuiling en compromisvorming in België», en *Res Publica*, 3, 1975, págs. 413-431.

I. LAS CARACTERISTICAS FUNDAMENTALES DEL SISTEMA POLITICO BELGA

La sociedad belga no es homogénea. Tres grandes factores de fisura —la religión, la clase social, la lengua— la dividen en una serie de subgrupos que se combinan o se oponen. Sin embargo, las solidaridades que cimientan la cohesión de las fracciones engendradas por cualquiera de las tres fisuras no son lo suficientemente fuertes como para suprimir las tensiones creadas, dentro de las propias fracciones, por las dos fisuras restantes. Tampoco son lo suficientemente exclusivas como para evitar la existencia y el desarrollo de fracciones engendradas a su vez por estas otras fisuras. Los conflictos hasta ahora se han contrarrestado entre sí para el mayor bien del sistema global.

La cohesión nacional toma apoyo en una estructura institucional particular a la cual numerosos autores atribuyen la denominación neerlandesa *verzuijing* (2). Este *verzuijing*, o sistema de pilares separados unos de otros, pero que sostienen el equilibrio del edificio total, se manifiesta a través de las tres grandes familias espirituales en las cuales se circunscriben los conflictos y compromisos de la política belga, y que forman respectivamente el «mundo católico», el «mundo socialistas» y el «mundo liberal». Estos tres «mundos» demuestran tener cada uno una notable continuidad, basada a la vez en la transmisión familiar de las concepciones ideológicas y de las tradiciones culturales, y en el hecho de que una red institucional muy completa se encarga de las vidas individuales. Las principales organizaciones que constituyen estos circuitos rivales conciernen la enseñanza (las escuelas), la salud (los hospitales), la beneficencia (las organizaciones de «solidaridad» y de «ayuda mutua»), la seguridad social (las mutuas), los medios de información (la prensa), la defensa de los intereses socio-económicos (los grupos «de presión»), la representación política (los partidos).

Si bien la institución fundamental de la red católica es la Iglesia, el partido cumple allí un papel esencial de conciliación económica y social y de pastoral indirecta. En la red socialista, la preeminencia se otorga o bien al sindicato o bien al partido, según si éste está en la oposición o en el gobierno. Para el «mundo liberal», menos propenso a proyectarse en una red institucional densa, el partido es el grupo de referencia privilegiado. La heterogeneidad social de Bélgica halla pues su expresión directa en el pluralismo políti-

(2) Sobre el origen y la aplicación del concepto de *verzuijing* a los Países Bajos y en Bélgica, véase V. R. LORWIN: «Segmented Pluralism»: Ideological Cleavages and Political Cohesion in the Smaller European Democracies», en *Comparative Politics*, enero 1971, págs. 142 y sigs.

co: los tres partidos tradicionales —*Partido Social-Cristiano, Partido Socialista, Partido Liberal* (bajo sus diversas denominaciones)— son el reflejo inmediato de las divisiones profundas de la sociedad.

De 1918 a 1974, los tres partidos tradicionales se han repartido de manera muy equitativa, en cuanto al tiempo por lo menos, el ejercicio del poder político. Antes de 1940, las dos fórmulas gubernamentales que tuvieron más éxito fueron la coalición católica-liberal durante los periodos de prosperidad (en total once años y medio) y la coalición tripartita durante los periodos de crisis (en total nueve años). De 1946 a 1974, las alianzas se diversificaron: en total, casi doce años de coalición cristiano-socialista, cinco años y medio de coalición cristiano-liberal, cinco años de coalición socialista-liberal (de los cuales veinte meses con la participación del *Partido Comunista*), un año y tres meses de tripartita y, muy excepcionalmente, los cuatro años de una legislatura social-cristiana homogénea de 1950 a 1954.

Si nos referimos a las teorías clásicas de Lipset o de Almond sobre la estabilidad política en régimen democrático, Bélgica representa un caso marginal a menos de que sea aberrante: en primer lugar, está fuertemente fragmentada estructural y culturalmente, su población demuestra una gran fidelidad en sus afiliaciones a las organizaciones sociales y políticas, sus subsistemas son multifuncionales en vez de estar especializados; por otra parte, sus fisuras se entrecruzan (*cross-cutting*) en vez de superponerse (*overlapping*), su economía ha permanecido estable o en crecimiento hasta años muy recientes, y sus líderes políticos se ven obligados a ser moderados a causa de la rotación de las coaliciones gubernamentales.

Hacia finales de los años sesenta, Lehbruch para Suiza y Austria (3) y Lijphart para los Países Bajos y Bélgica (4) resolvían la paradoja de la coexistencia en estos distintos países de una fuerte fragmentación social y de una suficiente estabilidad política. El uno y el otro destacaron la existencia de un tipo particular de funcionamiento democrático que denominaron respectivamente *consociational democracy* y *konkordanz-demokratie* (o *proporzdemokratie*). En los sistemas que se asimilan a este tipo los efectos disfuncionales de la heterogeneidad y de los fraccionamientos sociales (el *verzuiling*) son neutralizados por el comportamiento de las élites políticas que ejercen el poder con prudencia y moderación. El abandono de la regla de la mayoría simple (*majority rule*) y el uso de decisiones de mutuo acuerdo (*joint decision making*), la aplicación de la proporcionalidad en la atribución de los bienes

(3) G. LEHBRUCH: *Proporzdemokratie: Politische System und Politische Kultur in der Schweiz und in Osterreich*, Tübingen, Mohr-Siebeck, 1967.

(4) A. LIJPHART: «Consociational Democracy», en *World Politics*, 1969, XXI/2, págs. 207-225.

políticos (mandatos, subsidios, cargos) y la delegación de numerosos problemas sociales a las «familias espirituales», caracterizan las relaciones entre las élites. Las relaciones entre estas élites y su base respectiva se establecen de manera que preserven la autonomía de aquéllas asegurándoles a la vez el apoyo y la lealtad de sus partidarios (sistema de clientelas) (5).

¿Cuáles son, entonces, las observaciones críticas que se le pueden plantear a este esquema explicativo del sistema político belga, esquema, sin embargo, muy atractivo, en parte porque es homogéneo y coherente y que se integra fácilmente en las teorías dominantes de la estabilidad política, y en parte porque tranquiliza a nuestros politólogos, muy pesarosos al ver a su país relegado por Almond y consortes a la categoría de las democracias que podrían no funcionar «bien»?

En primer lugar, en cuanto al *verzuijing* y sus relaciones con las fisuras sociales:

— Es cierto que las tres «familias espirituales» constituyen pilares del sistema político belga, pero podemos preguntarnos si sostienen realmente un techo común, o si, más sencillamente, se han repartido un espacio históricamente determinado y susceptible de todas las modificaciones (6);

— Es cierto que los tres factores de fisura fragmentan una sociedad que recobra cierta cohesión gracias a sus «familias espirituales», pero las fisuras sociales y los fraccionamientos políticos tan sólo se corresponden parcialmente: la fisura religiosa aísla la familia social-cristiana y no divide ninguna familia distinta (aunque los socialistas y los liberales cuenten con cristianos en sus filas); la fisura de clase no aísla a nadie, separa una de otra las dos familias laicas y divide en dos alas políticas a la familia social-cristiana; en cuanto a la fisura lingüística, divide a cada familia de manera más o menos acentuada y no constituye ningún pilar.

En segundo lugar, en lo que se refiere a la *consociational democracy* y sus relaciones con el *verzuijing*:

— Es cierto que algunos grandes pactos nacionales han sido una ilustración del procedimiento *joint decision making*: a este respecto los autores citan

(5) Cfr. L. HUYSE: *Passiviteit, pacificatie en verzuijing in de Belgische politiek*, Antwerpen, Standaard Wetenschappelijke Uitgeverij, 1970.

(6) Es interesante observar a este respecto hasta qué punto las tres «familias espirituales» belgas son favorables al desarrollo de formaciones políticas europeas sobre la base de esta división en tres (socialistas, socialcristianos, liberales) antes que sobre cualquier otra que estaría mejor adaptada al nuevo espacio sociopolítico que constituye Europa.

gustos el «pacto escolar» que puso fin al conflicto de carácter religioso que se había desarrollado de 1950 a 1958; pero otro gran pacto nacional, el «pacto de solidaridad social» que ha propulsado el diálogo entre las clases sociales y ha institucionalizado la negociación colectiva, ha sido concluido sin la intervención de las «familias espirituales» (7); y asistimos desde 1977 a la elaboración y configuración de un «pacto federal» que se negocia con la ausencia de la familia liberal relegada por el azar de las coaliciones gubernamentales a un sencillo papel de oposición;

— Es cierto que, por regla general, los líderes políticos belgas han demostrado su moderación cuando ejercían el poder: raras veces hemos asistido en Bélgica a los cambios políticos espectaculares que ciertas «democracias estables» han conocido (en el campo de las nacionalizaciones o de la política militar, por ejemplo); pero es indiscutible que en cuanto al tema lingüístico, como veremos más adelante, son las élites políticas y sociales las que han incitado a las masas a reivindicar una cierta forma de autonomía, y no a la inversa; el papel moderador de la población y sobre todo el de los grupos socio-económicos más que el de los líderes políticos contribuirá al final a la elección de un sistema de cooperación antes que de separación;

— Finalmente, si bien el modelo de la *consociational democracy* refleja con éxito ciertos comportamientos de las élites belgas y las relaciones que mantienen con su base, no explica de ningún modo hasta qué punto las propias bases han tenido un papel fundamental en la maduración de los problemas sociales. Con la distancia necesaria, vemos, sin embargo, que la rotación de las coaliciones entre élites esconde los conflictos fundamentales peor de lo que los ha expresado. Para circunscribirnos al período de la posguerra, es notable que los grandes períodos conflictivos —el asunto real y la guerra escolar, la huelga general de 1960-61, el conflicto lingüístico— se hayan concretizado a nivel de superestructuras políticas por una sucesión de bipartidismo de hecho —partido social-cristiano contra partidos laicos, partido liberal y conservadores cristianos contra partido socialista y demócrata-cristianos, partidos unitarios contra partidos comunitarios— con la rotación en el poder, la voluntad de aplicar la regla de la mayoría simple y el llamamiento al veredicto electoral.

(7) Cfr. P.-H. CLAEYS: *Groupes de pression en Belgique: les groupes intermédiaires socioéconomiques*, Ed. de l'Université de Bruxelles-Ed. du CRISP, 1973.

II. LOS MOVIMIENTOS REGIONALISTAS CON BASE LINGÜÍSTICA

Bélgica está dividida en dos grandes regiones por una frontera lingüística: al norte, en la región flamenca, se hablan dialectos germánicos aglutinados por la lengua neerlandesa; en el sur, en la región valona, se hablan dialectos románicos aglutinados por la lengua francesa. Esta división es muy antigua y ha permanecido muy estable a lo largo de la historia. Hasta este último siglo no ha tenido ningún papel en la vida política belga. Desde la Edad Media en efecto, y hasta la anexión por la República Francesa en 1795, las grandes divisiones políticas y administrativas que han fraccionado nuestro territorio actual estaban orientadas de norte a sur y comprendían, en su mayoría, poblaciones de las dos lenguas: Condado de Flandes, Ducado de Brabante, Principado de Lieja y sus formas perpetuadas bajos los regímenes español y austriaco (8).

Podemos preguntarnos lo que esta larga convivencia de poblaciones de habla baja alemana (*dietsch*) y de habla valona (*welsch*) ha podido dejar impreso en las conciencias colectivas. En cualquier caso, los belgas no pueden relacionar el recuerdo de ningún conflicto sangriento con una cuestión de idioma. Hasta el final del siglo XVIII, el pluralismo lingüístico fue una base permanente de nuestra vida política, administrativa y judicial. Desde siempre, los factores de solidaridad (la cultura, los intereses de clase, la religión) han prevalecido sobre las diferencias de lengua (9).

El problema lingüístico estaba, sin embargo, en gestación desde el siglo XVII. Inmediatamente tras las guerras de religión y la secesión de las provincias unidas neerlandesas, la lengua flamenca comenzó a perder prestigio y resplandor: la mayoría de los intelectuales se habían refugiado en los Estados del norte, y el clero católico consideró rápidamente el neerlandés como una lengua extranjera, protestante y enemiga. Este mismo clero, aliado con la burguesía francófona que se había vuelto definitivamente dominante en todo el país bajo el régimen francés, luchó además con violencia contra la política escolar y lingüística del rey Guillermo I de los Países Bajos que, en 1814, había restablecido en nuestras comarcas el libre uso del flamenco,

(8) También el Ducado de Luxemburgo integraba poblaciones de lengua romana y de lengua germánica, aunque se extendían hacia el Este y no hacia el Norte.

(9) Citemos un ejemplo antiguo: cuando, hacia 1380, los *Chaperons blancs* de Gante se sublevaron contra su príncipe Louis de Male, con objeto de establecer una forma de democracia obrera en la ciudad, los demócratas de Lieja les hicieron llegar 600 carros de grano y de harina, mostrando ya de este modo que la lucha de clases ignoraba la frontera lingüística.

así como lo era el francés. De una alianza del clericalismo (que temía la influencia protestante) y del liberalismo burgués (que se refería a Francia) nació en 1830 un Estado belga en que la lengua flamenca se hallaba en posición inferior.

En la Bélgica del siglo XIX, la clase dirigente en pleno era, pues, francófona. La primera reacción de salvaguardia de los valores flamencos fue puramente cultural. Sus promotores más conocidos fueron el filólogo liberal J. F. Willems, el canónigo historiador David, el novelista H. Conscience, el poeta A. Rodenbach. Este movimiento cultural fue de una importancia capital para el restablecimiento progresivo del neerlandés al rango de lengua oficial en Bélgica. Pero de ningún modo habría engendrado forma alguna de pluralismo político si no hubiera conducido a la cristalización en torno al tema del uso de las lenguas, de una serie de conflictos sociales de otra naturaleza *a priori*:

— el primer conflicto agrupó desde la independencia a todo el bajo clero, muy poderoso en Flandes, contra la política liberal de la enseñanza pública. El francés, símbolo de educación y de libre-examen, y hasta del ateísmo revolucionario, se transformaba a su vez en «lengua enemiga».

— el segundo opuso, de manera progresiva a partir de 1850, una baja burguesía flamenca que deseaba acceder a cargos de dirección de la economía, a una alta burguesía francófona que poseía por herencia los medios de producción.

— el tercero fue el que enfrentó con más frecuencia a los niveles inferiores y superiores de las estructuras jerárquicas: el ejército, donde el cuerpo de oficiales ha sido durante mucho tiempo casi exclusivamente francófono; la industria donde la gestión y la dirección se hacían más a menudo en francés, hasta la parte flamenca del país (10); la administración y los servicios públicos cuyos dirigentes debían ser bilingües si no eran francófonos. Su punto de partida fue la guerra de 1914-18.

— el cuarto conflicto ha expresado cada vez más, desde el período que transcurrió entre las dos guerras, la competencia entre las regiones para la inversión industrial y el desarrollo económico: la primera industrialización habría beneficiado en efecto a Valonia (pero solamente a la parte que poseía reservas de carbón) más que a Flandes (excluyendo a Gante y Amberes).

(10) Señalemos, sin embargo, que el movimiento socialista flamenco no se ha sentido nunca atraído por el combate lingüístico. Los escasos socialistas «flamingantes» lanzaban sus ataques en la vertiente cultural únicamente. Es *a posteriori* que los historiadores flamencos han usado un esquema marxista para explicar la irritación flamenca.

— el quinto conflicto es el más reciente: hace que los campesinos y otros habitantes tradicionales del campo cercano a la ciudad se opongan a la parcelación de las tierras de cultivo y a la invasión de poblaciones extrañas a la vida local. Este problema ha llegado a ser grave durante las últimas décadas en la periferia flamenca de Bruselas, ciudad habitada sobre todo por francófonos.

Como podemos observar, el movimiento flamenco por un regionalismo con base lingüística se ha apoyado en los antagonismos que oponen normalmente, en cualquier sociedad, a los grupos sociales entre ellos y a las élites medias o superiores entre sí. Pero ha podido plasmar estos antagonismos en un problema de lengua (11).

El movimiento regionalista valón se ha desarrollado más tardíamente que el movimiento flamenco y sobre todo se ha quedado durante más tiempo apartado de las luchas sociales. Dio sus primeros pasos durante el largo período de gobierno católico, de 1886 a 1914. A la mayoría clerical, que dirigía por entonces el país en un sentido opuesto a las aspiraciones de los habitantes de las regiones industrializadas valonas por una democratización política y por el laicismo de la enseñanza, se añadía en efecto paralelamente una mayoría flamenca (por otra parte paradójicamente compuesta por hombres elegidos que pertenecían a la burguesía francófona de Flandes). Era, pues, fácil oponer las «Flandes católicas» a la «Valonia socialista» en una imagen sintética pero poco matizada de la sociedad belga.

Sin embargo, el movimiento valón fue durante largo tiempo la actividad de un puñado de hombres políticos y de intelectuales, sin gran impacto sobre el pueblo. Hicieron falta dos conflictos sociales importantes para que las masas valonas tuvieran conciencia de su carácter socio-político específico:

— el primero dividió al país en torno a la cuestión del derecho de Leopoldo III a recobrar su trono tras la guerra de 1940-45. Se le reprochaba en efecto al rey el no haberse marchado al exilio con sus ministros para encarnar

(11) Sobre los orígenes y la problemática del movimiento flamenco, es útil leer, junto a obras clásicas sobre la historia de Bélgica, publicaciones más comprometidas. Se halla una lista completa de ellas en la obra bibliográfica excepcionalmente rica de A. VERDOODT: *Les problèmes des groupes linguistiques en Belgique*, clase y documentos del Instituto de Lingüística, Universidad Católica de Lovaina, 1973. Entre estas publicaciones, citaremos las de M. VAN HAEGENDOREN: *De Vlaamse beweging, nu en morgen* (2 vols.) y *De Vlaamse beweging, verweer an aanval*, publicados en Hasselt, Uitg. Heideband, en 1962 y 1964, respectivamente, así como su adaptación sintética al francés, *Le mouvement flamand*, éd. du Conseil culturel flamand, 1965. Tales publicaciones han ejercido una influencia certera sobre la toma de conciencia de la insatisfacción flamenca.

allí la resistencia tras la derrota militar de 1940, el no haber reaccionado a los tratamientos discriminatorios infligidos a los prisioneros de guerra valones que los alemanes habían guardado en cautiverio mientras habían liberado muy rápidamente a los prisioneros flamencos, el haberse casado de nuevo mientras el país estaba hundido en el sufrimiento y el luto y el haber mantenido, en suma, una actitud general ambigua con respecto al ocupante. En el referéndum de 1950, el 72 por 100 de los flamencos aprobaban el regreso del rey, y ratificaban, pues, sus actos mientras el 58 por 100 de los valones y el 52 por 100 de los bruseleses se oponían a dicho regreso;

— el segundo concluyó con el mismo reparto, durante las grandes huelgas de 1960-61 contra el proyecto de «ley única» del gobierno anti-laborista (católico-liberal) de M. Eyskens. La huelga fue general en Valonia, donde el sindicato socialista es mayoritario, y tan sólo muy parcial en Flandes, donde predomina el sindicato cristiano.

Desde entonces, y contrariamente al movimiento regionalista que reivindica sobre todo la autonomía cultural en un país en que la preponderancia flamenca está asegurada en los otros campos por la sencilla ley del número, el movimiento regionalista valón reclama la autonomía económica y política, único medio para llegar a una mutación de la sociedad valona en una dirección más conforme con las concepciones socialistas y laicas de la mayoría de la población.

Bruselas, por lo que a ella se refiere, ha representado desde siempre el papel tradicional de una capital, centralizadora y unificadora, volcada en sí misma en su identificación con los intereses del príncipe, y luego del Estado (y por fin de Europa), y, sin embargo, solidaria con la región que la circunda y con el país entero. Es esta solidaridad la que le ha sido denegada durante mucho tiempo por los movimientos regionalistas, flamenco o valón, que atacaban al «imperialismo bruselesense». La población de Bruselas, enriquecida desde el nacimiento de la ciudad y de manera permanente por aportaciones combinadas de lengua germánica y romana, ha tenido que sufrir el ser el objetivo del combate lingüístico: combate por la preeminencia francófona en el siglo XIX, combate por la reconquista flamenca durante las últimas décadas.

Hartos de ver estas luchas concluir inevitablemente con la subordinación política, con el subdesarrollo económico y con la limitación de los derechos individuales, los habitantes de Bruselas, que no quieren que se les confunda con los dirigentes del país, han expresado a su vez pretensiones autonomistas. Al destacar el hecho de que el Estado unitario ya no era dominado por Bruselas sino por Flandes, el movimiento regionalista bruselesense ha logrado crear una comunidad de intereses con el movimiento valón y ganarse el apoyo

de éste para una regionalización en tres partes en vez de dos (12). Pero no ha conseguido imponer el que la región de Bruselas rebase su marco estrictamente urbano para comprender el espacio industrial y agrícola que la circunde. El futuro económico de la región bruselense seguirá, pues, caracterizado por la incertidumbre.

III. IMPACTO DEL REGIONALISMO LINGÜÍSTICO SOBRE EL PLURALISMO POLITICO

El regionalismo con base lingüística se ha expresado en el plano político de diversas maneras desde finales del siglo XIX. Hay que hacer una distinción entre sus concretizaciones múltiples en partidos políticos *ad hoc* y sus manifestaciones dentro de los partidos tradicionales (13).

Es el movimiento flamenco el que con toda naturalidad ha generado los primeros partidos «comunitarios» (fundados en una comunidad lingüística). Durante la guerra de 1914-1918, los nacionalistas flamencos «activistas» habían aceptado, en territorio ocupado, la colaboración con el enemigo con la esperanza de que éste reconociera rápidamente una autonomía política plena y entera para Flandes. En el frente, por otra parte, pequeños grupos de soldados flamencos, fuertemente aleccionados por algunos capellanes politizados, habrían creado un movimiento federalista flamenco: el *Vlaamsche Frontbeweging*. Después de la guerra, estos antiguos soldados, los *Vossen* (Vlaamsche Oud-Strijders), así como los «activistas» que se habían librado de la depuración, apoyaron la constitución del *Frontpartij*, partido federalista casi separatista, que obtuvo desde 1919 algunos escaños en el Parlamento. Varios años más tarde, la flamenquización de la Universidad de Gante y la votación de una serie de leyes que instituían el unilingüismo en las regiones ahogaban al «activismo».

Pero el nacionalismo flamenco halló una segunda vida con la propagación de las ideologías fascistas y nacional-socialistas. En el año 1931 se funda

(12) Esta comunidad de intereses descansa, por otra parte, en otros factores que la mera oposición a la dominación flamenca: aparte del hecho de que Bruselas sea en gran parte francófona (o bilingüe), la composición de su población, de carácter urbano y que comporta una fuerte proporción de asalariados ha hecho que, muy a menudo, converjan sus concepciones políticas y religiosas con las de la Valonia industrial.

(13) Para un panorama sintético, pero muy completo de la historia y del funcionamiento del sistema de partidos en Bélgica, cfr. L. ROWIES: *Les partis politiques en Belgique*, dossier du CRISP, núm. 10, 1977.

el *Verbond van Dietsche Nationaal-Solidaristen* (Verdinaso), que propugnaba la creación de un estado nacional-socialista federal que comprendiera frisones, holandeses, flamencos, valones, luxemburgueses, franceses del norte y renanos occidentales. En 1933, el *Vlaamsch Nationaal Verbond* (VNV) sucedió al *Frontpartij* y consiguió en 1936 un notable éxito electoral. Aunque era más moderado que el Verdinaso, propugnaba también la creación de un estado pan-neerlandés y sus concepciones políticas, fuertemente teñidas de misticismo, tendían al corporativismo de Estado. Es significativo el constatar que entre 1936 y 1939, el VNV logró concluir acuerdos de principios sobre una estructura federalista y corporativista, con el nuevo partido de extrema derecha *Rex* fundado por el antiguo militante católico valón, L. Degrelle, así como con la rama flamenca del partido católico que acababa de adoptar una organización de tipo federal como veremos más adelante. En 1941, bajo la ocupación alemana, el VNV se fusionó con los restos del *Rex-Vlaanderen* y del Verdinaso, pero evidentemente, el nacional-socialismo flamenco desapareció tras la liberación.

Tras el período «activista», y luego el período «corporativista», ambos viciados por el recuerdo de la colaboración con el enemigo (14), hubo que esperar algunos años antes de ver al movimiento regionalista flamenco recobrar la posibilidad de expresarse a través de un partido político. La *Vlaamse Concentratie* duró a partir de 1949. En 1954, la *Christelijke Vlaamse Volksunie* al suprimir cualquier referencia a sus vinculaciones flamencas y cristianas (en cuanto a las vinculaciones flamencas, el recordarlas era superfluo, por lo que se refiere a las vinculaciones cristianas, podían alejar del partido a los nuevos elementos más progresistas y más anticlericales que se preparaban a sostenerlo), ganó un escaño en el Parlamento.

El partido habría podido estancarse si un hecho nuevo no hubiera intervenido, un hecho que modificaba profundamente la dinámica del movimiento flamenco: el nacimiento y el desarrollo, lento primero y luego acelerado, del *Vlaamse Volksbeweging* (VVB), verdadero grupo de presión popular y pluralista (aunque con predominancia católica) que ayudaría potentemente a la *Volksunie*, en su tarea de movilización de las masas, mientras debilitaba las posiciones unitarias de los partidos tradicionales. Desde finales de 1958, el VVB proponía a las tres grandes fundaciones culturales flamencas —el *Davidsonfonds* católico, el *Willemsfonds* liberal, el *Vermeylensfonds* socialista— la creación de un comité de acción para luchar contra el proceso de transforma-

(14) Es indispensable precisar que la ocupación de 1940-1944 permitió a los alemanes que encontraran igualmente colaboradores en la parte francófona del país. La diferencia esencial reside en que no hubo, en Valonia, ninguna conjunción entre colaboración y nacionalismo regional.

ción francófona de la aglomeración bruselense y de su periferia. Numerosas organizaciones flamencas se unieron a este comité que se llamó finalmente el *Vlaams Aktiekomitee voor Brussel en de Taalgrens* o más simplemente *Vlaams Aktiekomitee*. Varias «marchas sobre Bruselas» fueron organizadas y tuvieron un éxito preocupante para los gobiernos del país (de 25.000 a 100.000 participantes según las estimaciones). En cuanto a la *Volksunie*, aumentó regularmente sus huestes en el Parlamento hasta 1974 en que tenía veintidós diputados. Es el tercer partido en Flandes desde 1968, después de los social-cristianos y de los socialistas (15).

Por parte valona, son los grupos de presión los que precedieron a los partidos políticos. Mientras el movimiento flamenco salía desacreditado de la guerra de 1940-45, ciertos grupos clandestinos valones, y en particular el grupo *Wallonie libre* (16), creado a imagen y semejanza de la «Francia libre» del general De Gaulle, salían de dicha guerra con prestigio por su acción de resistencia al enemigo. Estos grupos organizaron en 1945 un *Congrès National Wallon* que votó primero a favor de la unión de Valonia con Francia, y luego volvió a una posición menos radical pidiendo la autonomía para Valonia en una Bélgica federal. Quedaba por conseguir un apoyo popular real. Tras las huelgas de 1960-61, asistimos a la creación del *Mouvement Populaire Wallon*, de origen socialista y sindicalista, pero pronto rechazado por el propio partido socialista, deseoso de salvaguardar su unidad. En 1963, el *Mouvement Populaire Wallon*, *Wallonie libre*, *Rénovation Wallone*, el *Mouvement Libéral Wallon* y otros grupos decidieron coordinar su acción a favor del federalismo organizando una petición que recogió 650.000 firmas, y luego creando una Delegación permanente de los movimientos valones, independiente de las formaciones políticas, pero habilitada para ejercer sobre ellos las presiones políticas más adecuadas.

Hasta esta época, la representación política del movimiento regionalista valón no estaba asegurada como tal en el Parlamento, pese a ciertas tentativas para presentar un *Parti d'Unité Wallone* al sufragio de los electores. En 1964, se creaba el *Front Wallon* y en 1965 el *Parti Wallon des Travailleurs*. También en 1964, un *Front Démocratique des Bruxellois de Langue Française* (FDF) salía a la luz, por reacción frente a las medidas de obligación

(15) Pero en las elecciones de diciembre de 1978, tras su participación en el Gobierno Tindemans II, la *Volksunie* sufrió una lacerante derrota electoral.

(16) *Wallonie Libre* ha sido paradójicamente creada por un grupo de militantes valones de Bruselas. Solamente más tarde se extendió por la región valona. Paralelamente a este grupo de inspiración liberal-socialista, un grupo católico, *Wallonie Catholique* y un grupo comunista, *Wallonie Indépendance*, surgieron rápidamente. El primero dio vida en 1945 al movimiento *Rénovation Wallone*.

lingüística impuestas por la mayoría flamenca del país. Estos diferentes partidos enviaban cinco diputados al Parlamento en 1965, pero sólo pensaban realizar allí una tarea de control y de presión sobre los partidos tradicionales. A partir de esta época, sin embargo, una modificación importante tenía lugar en las mentalidades. Mientras los federalistas valones habían sido hasta entonces muy antibruselenses, por odio hacia el Estado centralizado, una reconciliación iba haciéndose entre los representantes de los partidos francófonos.

En 1968, el FDF y el *Rassemblement Wallon* (RW), sucesor del *Parti Wallon* constituido por la fusión y la ampliación de los diversos partidos valones existentes, concluyeron acuerdos electorales que trajeron más adelante la organización de estructuras comunes aptas para aumentar el peso político de las dos formaciones preservando al mismo tiempo su autonomía respectiva. Esta reunión, facilitada por el carácter pluralista de los dos partidos, que reúnen miembros procedentes de todas las «familias espirituales» tradicionales, permitió al grupo que enviara veinticuatro diputados al Parlamento en 1971 (catorce valones y diez bruselenses), sobre la base de un programa que reclama el federalismo con tres regiones. El FDF-RW era por entonces la segunda formación política de la comunidad francófona, después del *Parti Socialiste*, pero ha retrocedido desde entonces.

Es necesario señalar por fin la existencia de un partido de habla germana, el *Partei der Deutschsprachigen Belgiën* (PDB) que se presenta desde 1971 en los cantones del Este.

Volvamos a los partidos tradicionales. Aunque al menos dos de ellos son de origen regional (17), se extendieron los tres con rapidez por el conjunto del país y fueron, salvo algunas raras excepciones individuales, profundamente unitaristas durante el primer siglo de existencia de la Bélgica independiente. En 1936, sin embargo, la *Unión Catholique* cuyas posiciones habían sido fuertemente atacadas por el empuje del VNV en Flandes y de *Rex* en Valonia consentía en aceptar el principio de una organización interna de tipo federal, basada en la coexistencia de dos grupos lingüísticos: el *Katholieke Vlaamsche Volkspartij* y el *Parti Catholique Social*. Las concesiones hechas por el KVV a las tesis políticas del VNV provocaron pronto la revocación violenta de los católicos valones y bruselenses, y el *Parti Social-Chrétien* de la posguerra recobraba una estructura unitaria, aunque moderada por el reconocimiento de la existencia de dos alas lingüísticas. Pero, en 1968, llegó la

(17) *L'Alliance Libérale* de Bruselas, fundada en 1841, *Le Parti Socialiste Brabançon* y el *Vlaamsche Socialistische Partij*, aparecidos simultáneamente en 1877 (el socialismo valón no se estructuró, bastante curiosamente, hasta 1885).

ruptura (llamada púdicamente el «distanciamiento»). La actitud intransigente del ala flamenca del partido en cuanto a la transferencia a Valonia de la sección francesa de la Universidad Católica que Lovaina, provocó una separación casi completa entre las dos alas: desde entonces, el *Christelijke Volkspartij* (CVP) y el *Parti Social-Chrétien* (PSC) son autónomos y solo conservarán un mínimo de organización común. Si bien los dos partidos regionalizados siguen de acuerdo en los principios de numerosas cuestiones (el 80 por 100 según ellos) y si bien el CVP, fuertemente mayoritario en Flandes, ayuda claramente al PSC minoritario en Valonia a que ocupe un sitio importante en los gobiernos de coalición, insisten, sin embargo, en cada elección sobre su independencia respectiva y no vacilan en presentar listas rivales en las regiones bilingües.

El *Parti Libéral* ha sufrido en estos últimos veinte años, una mutación más fuerte aún. Transformado en 1961 en el *Parti de la Liberté et du Progrès* (PLP; en neerlandés PVV: *Partij voor Vrijheid en Vooruitgang*), en una tentativa parcialmente lograda de vencer la fisura religiosa para reunir todas las fuerzas antilaboristas del país, propugnó durante mucho tiempo soluciones unitarias a los problemas institucionales. Se vio, sin embargo, obligado a cambiar ante la intensidad de los enfrentamientos entre comunidades lingüísticas y ante el desequilibrio surgido de la constante progresión del PVV (más neo-liberal) frente al retroceso progresivo del PLP (más conservador). La autonomía de los dos grupos fue ratificada en 1972, pero una disidencia bruselesna, opuesta a la participación del PLP-PVV en el gobierno, se añadió pronto al abanico liberal. Tras múltiples metamorfosis (*PLP de la Région Bruxelloise*, *Parti Libéral, Démocratique et Pluraliste de la Région Bruxelloise* o PLDP, *Parti Libéral bruxellois* ou PL), esta disidencia ha absorbido ahora la antigua federación bruselense francófona del PLP, pero entra en competencia electoral en Bruselas con los *Blauwe Leeuwen* del PVV. El LPL valón, por lo que a él se refiere, ha acogido en 1976 a una disidencia del *Rassemblement Wallon* y se ha vuelto el *Parti des Réformes et de la Liberté Wallon* (PRLW). Como se puede observar, la «familia liberal» está bastante dispersa (18) y sólo recobra una apariencia de cohesión en federaciones liberales internacionales en que los tres partidos liberales belgas presentan una imagen más unida (19).

(18) No obstante, tras las elecciones europeas de junio de 1979 los liberales valones y bruselenses han rehusado juntar sus dos partidos en un nuevo partido común: el Partido Reformador Liberal (*Parti Reformateur Liberal*).

(19) En particular en la *Fédération des partis libéraux et démocratiques de la CEE*, fundada en 1976. Los dos partidos socialcristianos actúan igual en el *Parti Populaire Européen* que data igualmente de 1976. Sobre los nexos estructurales y funcionales

El *Parti Socialiste Belge* (PSB) o *Belgische Socialistische Partij* (BSP) es el único de los tres grandes partidos tradicionales que ha conservado su unidad (20), concretada por sus Congresos nacionales y por la instauración de la igualdad lingüística hasta la cumbre ya que el partido cuenta con dos co-presidentes nacionales desde 1971. Esta situación está facilitada por un programa que enfoca normalmente los problemas socio-económicos en vez de enfocar los aspectos culturales y por el notable equilibrio que se establece entre los componentes flamencos (47 por 100 de los votos socialistas en las elecciones de 1974) y francófonos del partido, aunque el PSB sea el primer partido de Valonia mientras que el BSP es minoritario en Flandes. Sin embargo, y siempre según los estatutos, las federaciones flamencas, las federaciones valonas y la federación bruselense mantienen también congresos separados. Además, en el distrito electoral de Bruselas, una lista socialista flamenca, los *Rode Leeuwen*, entra en competencia con la lista oficial (bilingüe) de la Federación bruselense sin que sus miembros sean excluidos del partido por esto. El PSB-BSP es el único partido grande que ha logrado la elaboración de un proyecto de acuerdo comunitario con la aprobación (a veces resignada, es cierto) de todos sus componentes lingüísticos.

El *Parti Communist de Belgique* (PCB) o *Kommunistische Partij van België* (KPB) sigue siendo un partido marginal, salvo un corto período de éxito después de la guerra de 1940-45. A imagen y semejanza de los socialistas, el partido ha seguido siendo unitario, pero ha dejado cierta autonomía a sus alas flamenca y valona. Preconiza el federalismo tri-regional (Flandes, Valonia, Bruselas) como solución al problema comunitario.

IV. EVOLUCION RECIENTE Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

El «pacto escolar» de 1958 había traído la paz en el frente religioso. Las «marchas sobre Bruselas» y la transferencia de la sección francesa de la Universidad de Lovaina han puesto en la primera plana al problema lingüístico. Una revisión constitucional (la tercera de nuestra historia) que instituye una Bélgica con dos comunidades y tres regiones tuvo lugar en 1970-71. Una revisión suplementaria, más profunda y más precisa, está realizándose y debe llevar casi a un federalismo.

entre partidos nacionales y grupos europeos, cfr. P. CLAEYS y N. LOEB-MAYER: «Les groupements européens de partis», en *Res Publica*, 4, 1977, págs. 559-577.

(20) La situación descrita en este párrafo fue modificada fundamentalmente en octubre de 1978. Los socialistas no pudieron mantener su unidad y se dividieron en un *Parti Socialiste* francófono y un *Socialistische Partij* flamenco.

Los teóricos han deducido rápidamente que el período de *consociational democracy* había acabado en Bélgica y que el sistema del *verzuiling* podía ser puesto en peligro por un proceso de *ontzuiling* que debía transformar nuestro régimen en una democracia «centrífuga», es decir ingobernable (21). En efecto:

— El final del conflicto escolar suprime para el «mundo católico» la necesidad de estar unido, más allá de las diferencias de lengua o de clase, para la salvaguarda de la escuela cristiana; pone también fin a la solidaridad de los partidos laicos. Autorizando una fragmentación de los partidos tradicionales por un sencillo cambio en el orden de importancia de las fisuras nacionales (la fisura lingüística ocupando el sitio de la fisura religiosa), el sistema que se basaba en la existencia de tres formaciones políticas unificadas y cohesivas corre riesgos de desintegración.

— La división del país en varias subculturas, todas minoritarias, tal y como era presentada en la literatura, cumplía con una condición esencial de la *consociational democracy*; cede su puesto a una división en dos subculturas de importancia comparable que se enfrentan directamente sin dejar a las élites la posibilidad de representar su papel mediador.

— Una buena articulación de los intereses en las subculturas sigue siendo indispensable para la instauración de un «gobierno por acuerdo entre élites», teniendo en cuenta que cada élite debe gozar de la confianza absoluta de las masas que representa para poder negociar los compromisos obligatorios. Ahora bien, si es verdad que los problemas religiosos y de clases estaban articulados con claridad por la voz de los partidos tradicionales, no ocurría lo mismo, hasta hace poco tiempo, con el problema lingüístico para el cual la posición de los partidos ha seguido siendo durante mucho tiempo fluctuante. La confusión del mundo político ha suscitado progresivamente la desconfianza de la población para con sus líderes.

¡Apenas descubierta por los politólogos, la *consociational democracy* estaba, pues, en trance de desaparición! Y, sin embargo, ¿los fenómenos con que se topa el sistema institucional belga son realmente tan nuevos y, por ende, tan perturbadores?

— No es la primera vez que asistimos a un cambio de prioridad en la jerarquía de las fisuras sociales y al despedazamiento de las familias políti-

(21) Cfr., en particular, A. LIJPHART, *op. cit.*, págs. 218 y sigs.; V. R. LORWIN, *op. cit.*, págs. 164 y sig.; y sobre todo J. A. DUNN: «Consociational Democracy and Language Conflict. A Comparison of the Belgian and Swiss Experiences», en *Comparative Political Studies*, abril 1972, págs. 3-39.

cas. A finales de un siglo XIX dominado por el «unionismo» y luego por un «bipartidismo» católico-liberal, fruto de la fisura religiosa, el problema de los derechos políticos que se pueden conceder a las clases inferiores ya había disgregado al partido liberal (dividido entre sus «radicales» y sus «doctrinarios»), favorecido el desarrollo del partido socialista y concluido con las dos otras únicas revisiones constitucionales que ha conocido Bélgica (1893 y 1920-21).

— La división del país en varias subculturas minoritarias no ha sido una constante de nuestra historia política contemporánea. Al contrario, hemos podido ver cómo cada fisura, una tras otra, divide al país en dos partes prácticamente iguales. En el momento más grave del conflicto escolar de la posguerra, el «mundo católico» representaba la mitad de la población y hasta consiguió la mayoría absoluta de los escaños parlamentarios en las elecciones de 1950, frente a los «mundos» socialista y liberal solidarios entre sí ante el peligro. Este enfrentamiento ha concluido con el «pacto escolar» y con la paz religiosa. Durante estos últimos años, el «movimiento flamenco», teóricamente capaz de imponer su voluntad al conjunto de los belgas por la sencilla ley del número, se ha topado violentamente con una nueva solidaridad entre valones y bruselenses que han unido sus esfuerzos de resistencia y han restablecido así el equilibrio. El «pacto federal» que se está elaborando debería concluir con la pacificación comunitaria. En cualquier caso, las nuevas instituciones permitirán mediatizar las relaciones antagonistas que se han desarrollado entre las subculturas.

— La articulación de los intereses regionales se ha vuelto tan clara y coherente como la de los otros intereses nacionales. Para darse cuenta de esto, es necesario examinar cuál es la evolución reciente que ha afectado a nuestro sistema político.

Debemos primero constatar que los tres grandes partidos comunitarios han dejado progresivamente en un segundo plano su papel de grupo de presión parlamentario para intentar transformarse en partidos en la acepción plena del término. La *Volksunie* ya había abandonado la tradición del movimiento flamenco anterior a la guerra, que consistía en apoyarse en los sentimientos (nacionalismo) o en las ideologías (nacionalsocialismo) antes que en intereses de masas para llamar la atención de los electores. Al enrolar a la mayoría de sus huestes, y en particular a sus jóvenes militantes, en un público cristiano cansado de la «pesadez» política del CVP, la VU ha tenido que ofrecerles rápidamente un programa menos respetuoso para la jerarquía eclesiástica y más progresista en materia económica, social y hasta ética (22).

(22) Sin embargo, no hay que estimar en menos el resto de influencia de la

El *Rassemblement Wallon* ha propuesto siempre reformas de estructuras económicas y la participación mayoritaria de los trabajadores en la gestión de las grandes empresas públicas o privadas. El FDF, cuyo proyecto de partida se limitaba sólo a una oposición feroz a las leyes lingüísticas de 1963 (23), se ha dotado progresivamente de un programa completo; para su elaboración se ha beneficiado de la experiencia ganada desde 1970 en la gestión de numerosos municipios así como el de la Aglomeración de Bruselas. Los tres partidos tienen un electorado urbano más que rural. No es sorprendente que se interesen, más que los partidos tradicionales, por nuevas formas de ayuda social, de promoción cultural, de protección de la vida privada y del entorno, etc. (24).

Otro acontecimiento ha modificado considerablemente la imagen del sistema político belga. Antes de la aparición y del desarrollo de los partidos «comunitarios», se hablaba ya de la «Flandes católica» y de la «Valonia socialista», pero esta caracterización se topaba con dos realidades que la dejaban caduca: el unitarismo de los partidos tradicionales, que falseaba las relaciones políticas regionales de poder (cf. la superrepresentación del PSC) y el estatuto de los políticos bruseleses que estaban abocados a representar un papel moderador en vez de afirmar lo específico de la población que representaban. La autonomía más o menos acentuada de las alas lingüísticas de los partidos tradicionales, sometidos a la competencia de los partidos «comunitarios», y los últimos resultados electorales, aclaran esta situación: cada región del país posee hoy en día un partido dominante que recoge un resultado del orden del 40 por 100 de los votos expresados: el CVP en Flandes, el PSB en Valonia, el FDF en Bruselas. Estos tres partidos tienen cada uno vocación para administrar una región, para articular de la manera más adecuada sus intereses y para defender a éstos en las negociaciones nacionales.

Desde 1974, el gobierno de Bélgica ya no es sólo la actividad de los partidos tradicionales. El *Rassemblement Wallon* ha participado en la coalición cristiano-liberal del primer gobierno Tindemans, con la esperanza de hacer progresar la regionalización prevista por la revisión constitucional de 1970.

fracción «nacionalista» del partido, heredera del VNV y apoyándose en ciertas milicias privadas, tales como el *Vlaamse Militante Orde* (VMO), hoy disuelto.

(23) Los electores del FDF han sido constituidos, desde sus principios, por dos partes distintas: una pequeña burguesía puramente francófona y un público más popular, a menudo bilingüe de origen flamenco, violentamente opuesto a la flamencización porque significa para él empobrecimiento y clericalismo.

(24) Como ejemplo, véase «Le F.D.F. La préparation à la prise du pouvoir: l'élaboration d'un programme global», en *Res Publica*, 5, 1973, págs. 1031-1041.

Esta participación ha provocado una crisis en el partido y la aparición de una disidencia en 1976 (cf. formación del PRLW). Es posible que el RW no se recupere de esta crisis, pero también es posible que, estando mejor definido en un eje político izquierda-derecha y beneficiándose de sus relaciones privilegiadas con el FDF, recobre rápidamente una parte del terreno perdido. En 1977, el FDF y la VU entran a su vez en un gobierno de gran coalición, con el CVP, el PSB-BSP y el PSC (25). El «pacto federal» llamado también pacto de Egmont, que ha sido negociado por estos cinco partidos, necesita una nueva revisión de la constitución, lo que, consecuentemente, implica que esta amplia mayoría siga existiendo durante dos legislaturas (26). Dos nuevos partidos flamencos, el *Vlaamse Volkspartij* y el *Vlaamse Nationale Partij* ya se han constituido para rechazar las soluciones de compromiso del pacto de Egmont.

Una nueva serie de preguntas se plantean desde ahora. La primera se refiere a la persistencia del antagonismo entre comunidades lingüísticas tras la conclusión del proceso de regionalización. Aparte de los factores históricos interiorizados ya citados, se pueden mencionar tres elementos susceptibles de favorecer la paz comunitaria:

— El primero se deduce del hecho de que las regiones económicas del país no son sencillos calcos de las regiones lingüísticas. Así es como la región flamenca de Limburgo ve con inquietud que su futuro va a ser decidido por Flandes mientras su estructura industrial y agrícola permitiría incluirla en Valonia; así es como el Hainaut y Lieja van a pugnar por la preeminencia en Valonia; así es como Bruselas y la región económica que la circunda no pueden vivir la una sin la otra. Los negociadores que deberían precisar la extensión de ciertas disposiciones del «pacto comunitario» lo han tenido en cuenta sin duda creando desde el inicio el concepto de subregión que permite cierta flexibilidad en la estructuración de las regiones.

— El segundo elemento procede de la aplicación de las leyes lingüísticas

(25) No se necesitaba al PSC para alcanzar las mayorías requeridas, pero la presencia de este partido en el Gobierno era deseable por razones de equilibrio lingüístico. Es, sin embargo, menos importante que en el pasado debido a que el partido-hermano flamenco ya no está decidido a satisfacer los apetitos ministeriales del PSC por simple solidaridad cristiana. El RW, por su parte, participa indirectamente del Gobierno por la mediación del ministro L. Outers, miembro del FDF, pero elegido en las listas del RW.

(26) En realidad, esta «gran mayoría» no ha sobrevivido a las tensiones culturales y económicas de estos dos últimos años. Hasta el presente, sólo ha podido ser votada una regionalización parcial del Estado.

en la región flamenca, lo que suprime la validez de la asimilación entre el uso de una lengua y el sitio ocupado en las relaciones de producción. Como dijo muy pertinentemente Daniel Robberechts: «Una de las consecuencias del movimiento flamenco: la clase dirigente (en Flandes) habla el neerlandés en vez del francés. Estar oprimido en francés o en neerlandés, ¿es lo mismo con apariencias distintas? Pues no: al pueblo no le es indiferente ver que los que le oprimen lo hacen porque tienen el poder y no porque sean de una esencia o de una cultura particular» (27).

— El tercer elemento es el restablecimiento progresivo del prestigio de la lengua flamenca en el conjunto del país. En el nuevo interés por la cultura popular y las artes del folklore al que asistimos por todas partes, la presencia flamenca es de gran importancia y suscita de ahora en adelante respeto y simpatía por parte de los francófonos (28); los habitantes de Bruselas, cuya lengua materna es el flamenco, aprenden de nuevo a hablar su lengua en público sin temer la reprobación; algunos hombres políticos flamencos han adquirido una popularidad que se extiende por toda Bélgica y que es comparable a la de los grandes políticos francófonos del pasado; el conocer, al menos pasivamente, el neerlandés se siente cada día más necesario para una parte creciente de los francófonos (aunque sólo sea para hallar un empleo). Desde el momento en que el francés ya no sirve de instrumento de prestigio social, no hay ya ninguna razón para que el otro idioma sea considerado como inferior ni para que los que lo practican se sientan humillados.

La segunda pregunta que se puede uno plantear es la de la confianza que la población concede a sus líderes en el momento en que, según la teoría, la *consociational democracy* debería tender a desaparecer. Se ha podido decir que las pasiones lingüísticas han sido suscitadas por los líderes políticos más que moderadas por ellos. Hasta en los partidos tradicionales, los antagonismos fueron a veces violentos, como se ha podido constatar en la «familia social-cristiana» con ocasión del asunto de la Universidad de Lovaina. Son, sin embargo, estos mismos líderes políticos los que han negociado el pacto de

(27) D. ROBBERECHTS: «La culture flamande. Une contre culture à base linguistique», en *l'Actuel*, 4, 1976, pág. 5. La revista *l'Actuel* ha publicado en 1976 tres números titulados, respectivamente, «La Wallonie, du déclin structurel au désert industriel» (núm. 3), «Les Flamands entre hier et aujourd'hui» (núm. 4) y «Bruxelles, enjeu ou chance» (núm. 5) que contienen varios artículos de gran interés.

(28) Hallamos una prueba evidente en el hecho de que la radio y la televisión de expresión francesa acogen ahora en sus programas culturales a artistas y grupos flamencos, mientras que las «variedades» flamencas siempre han estado apartadas de sus programas.

Egmont, aislándose con cuidado de cualquier contacto con sus militantes y con los *mass media* mientras el acuerdo no estaba realizado. Estas negociaciones han concluido con declaraciones de estima mutua que ya no se oían desde hacía tiempo. La mayor parte de la población ha aceptado fiarse de los negociadores.

La tercera pregunta consiste en interrogarse sobre la desaparición del *verzuijing* tradicional, tras la regionalización definitiva de Bélgica. Varias consideraciones permiten dudar de ello:

— Las fisuras sociales que habían causado la aparición de las tres «familias espirituales» no han desaparecido por la gravedad presente del antagonismo lingüístico. Se puede prever, al contrario, que se manifestarán de nuevo en cuanto las regiones, en los límites de su nueva autonomía, vuelvan a estudiar pactos nacionales en función de las nuevas relaciones de poder que se habrán creado. Así es como, en Flandes, es probable que los empresarios, frente a una clase obrera hasta ahora menos reivindicadora que en Valonia, pongan rápidamente en tela de juicio ciertas cláusulas del «pacto social». Igualmente en Valonia, la debilitación momentánea de los cristianos puede incitar a los laicos a intentar el enfrentamiento sobre la cuestión de la escuela pluralista o sobre la de la liberalización del aborto.

— Los grupos de interés nacionales no están preparados para disgregarse tan rápidamente como los partidos políticos. Los principales sindicatos (socialista, cristiano, liberal) y la *Fédération des Entreprises de Belgique* siguen siendo hasta ahora unitarios, aunque desarrollen organizaciones regionales o interregionales para adaptarse a las nuevas instituciones políticas. Los otros grupos de interés socioeconómicos, ya sean regionales o no en su origen, se reúnen en «frentes comunes» a nivel nacional en cuanto la necesidad lo impele. Hasta las asociaciones culturales o deportivas sólo se federan por obligación porque las subvenciones del Estado benefactor están regionalizadas, e intentan salvaguardar la organización común (los campeonatos nacionales por ejemplo).

— Por fin, siempre han existido, junto a circuitos de organizaciones sociales ligados a las tres «familias espirituales», organizaciones «neutras» o «independientes» que tal vez estarán atraídas por el carácter pluralista (en la vertiente ideológica) de los nuevos partidos y constituirán dentro de cierto tiempo un cuarto pilar, diferente para cada región, pero que participará en el sistema. El FDF y la Volksunie han creado así lazos privilegiados con

ciertas mutualidades neutras y con otras organizaciones culturales o socio-profesionales al margen de las familias políticas tradicionales.

En conclusión, tal vez podamos preguntarnos con razón en qué medida el éxito de la teoría de la *consociational democracy* ha beneficiado o perjudicado al análisis del sistema político belga. Demasiado estrecho para reflejar todas las situaciones, sobre todo en la medida en que no integra en sus explicaciones lo histórico de los fenómenos sociales y el papel fundamental representado por las masas en el desarrollo dialéctico de éstos, el modelo de Lijphart ha sido considerado ya como inadecuado, justo cuando acababa de ser elaborado. Hemos visto, sin embargo, que no había que tirarlo tan rápidamente a la tienda de accesorios, así como hemos visto que el *verzuiiling* no corría el riesgo de transformarse tan rápidamente en *ontzuiiling*. Tales teorías siguen siendo útiles porque permiten comprender mejor la realidad por referencia al modelo propuesto. Ofrecen un marco en el que los elementos concretos pueden insertarse racionalmente, verdadera o falsamente. Permiten comparar. Pero son peligrosas si conducen al analista a «olvidar» la parte de verdad que sale del marco, so pena de deber declarar que la teoría está caducada.

¿Es Bélgica realmente sólo un país cuya cultura política está fragmentada, cuyas élites son capaces de cooperar, más allá de las fisuras sociales, para mantener el sistema en funcionamiento? ¿No son más bien las élites políticas o los candidatos a esta calificación los que sacan provecho de todas las mutaciones tecnológicas, económicas, sociales, etc., que trastornan al sistema para destacar nuevas relaciones de poder, para movilizar masas, para crear organizaciones políticas, para dar vida a nuevos partidos? (29). ¿No son las mismas élites las que, una vez que han hallado su sitio en el nuevo sistema, son capaces de inventar los compromisos necesarios para que este sistema no corra el riesgo de despedazarse? Pero en cuanto al hecho de saber si el sistema se merece o no se merece el despedazarse, ¿no son, en definitiva, las masas las que toman la decisión? Sometidas a excitaciones de toda índole, sólo se mueven cuando el enunciado de los problemas corresponde con la manera en que los viven concretamente. Al movilizarse, definen las prioridades y hacen madurar las soluciones. Sólo ellas aceptan o rechazan los compromisos propuestos. El «pacto federal» belga es el producto de un pluralismo político que se ha acentuado por el efecto de la fisura lingüística. Sólo cons-

(29) Cfr. J. K. DE VREE: *In pursuit of the common weal; a theory of emergence and growth of the political party*, informe a la conferencia del Interdisciplinaire Studiegroep Europese Integratie, Den Haag, 16.01.78, 27 p (roneogr.).

tituirá un medio de vencer esta fisura en la medida en que la paz comunitaria se corresponda con las aspiraciones de una población para la cual el problema lingüístico sigue siendo accesorio mientras no sirva para disimular otros problemas más fundamentales.

(Traducción de S. MORENO y J. ROIZ)